

03/03/2020

Coronavirus, la otra epidemia

TXT GUADALUPE NOGUÉS IMG BELÉN KAKEFEKU

¿Qué es la desinfodemia? ¿Qué alarmas debemos prender antes de alarmarnos nosotros?

Estamos rodeados

Hoy en día la atención del mundo parece estar centrada en una sola cosa: la **epidemia del nuevo coronavirus**, que empezó en Wuhan, China, y que está expandiéndose a gran velocidad por todo el mundo. A tanta velocidad que, de hecho, llegó finalmente a Argentina. Y es razonable que estemos preocupados. Las enfermedades nuevas requieren atención especial: no sabemos cuán contagiosas o mortales son, no sabemos si el patógeno que las provoca varía poco, como el virus

del sarampión, o mucho, como el de la gripe. No sabemos, tampoco, qué tratamientos son efectivos ni si se podrán desarrollar vacunas y medidas profilácticas. En un mundo tan integrado como el nuestro, los efectos de estas epidemias a veces son incalculables. Sin ir más lejos, la mera posibilidad de que esta epidemia enlentezca el crecimiento de China y se extienda a otros países llevó a las bolsas del mundo a sufrir lo que, por ahora, es la peor caída en la última década.

Después de todo, vivimos en un mundo global. En 1950 hubo 25 millones de viajes turísticos internacionales (menos de 1 viaje cada 100 habitantes), y en 2018 el número aumentó a 1400 millones (casi 0,2 viajes por habitante). Las mercaderías y la gente viajan en días o semanas entre cualquier par de puntos del planeta, y eso ayuda a la dispersión de los patógenos. Pero esto no es lo único que en este mundo globalizado se propaga en forma viral.

Además de la epidemia de una enfermedad, hay una **segunda epidemia, la de la desinformación acerca de la enfermedad**. Una epidemia propagada por agentes infecciosos que no están hechos de materia sino de bits, que no se transmiten mediante fluidos corporales o vías similares, sino a través de las redes. Y así como es imposible hoy ver un canal de televisión, leer un diario, o mirar internet sin escuchar o leer información sobre la epidemia de coronavirus, este artículo hablará sobre la epidemia de desinformación más que sobre la del virus, por dos motivos. Primero, sobre este nuevo coronavirus, llamado SARS-CoV-2, y sobre la enfermedad que causa, conocida como Covid-19, ya hay mucho escrito, y dicho. Segundo, **mucho de lo escrito y dicho es parte de esta epidemia de desinformación. Entenderla nos va a permitir prepararnos para combatirla**, no sólo en este caso, sino también en los nuevos que seguramente vendrán.

Desinfodemia

Hoy, internet es a la información lo que los aviones a las cosas materiales, un acelerador que permite que todo tarde menos en llegar más lejos. Dicho de otro modo: actualmente, gracias a la tecnología disponible, las cosas materiales viajamos más lejos y más rápido que antes, tanto si somos gente que va a pasarla bien en sus vacaciones, como virus que provocan una pandemia. Lo mismo ocurre

en el mundo de la información. Hace mucho ya que los medios de comunicación tradicionales no son los únicos que informan, o desinforman: gracias a la facilitación de las redes sociales, **nosotros mismos somos generadores y propagadores** de contenido. Pero con un condimento interesante que complica aún más las cosas: se demostró que las noticias falsas llegan más rápido y más lejos que las verdaderas, posiblemente debido a que son muy atractivas y por eso las compartimos más.

Pero la idea de doble epidemia, a nivel agente infeccioso y a nivel desinformación, no es nueva. Lo que es quizá más reciente es considerar que **estas dos epidemias simultáneas se potencian mutuamente**, por lo que el daño total termina siendo más que la suma de las partes. Estos mundos, que parecen separados, empiezan a interactuar con efectos que recién ahora estamos empezando a entender. A mediados de 2018, en la revista *The Atlantic* se publicó un artículo llamado "Cómo la **desinfodemia** propaga la enfermedad", donde los autores advierten que la desinformación *online* hace que las enfermedades se dispersen aún más. Esto ocurriría por varias razones: **la desinformación hace que disminuya la confianza en los organismos de salud y en los expertos**, que se dediquen recursos a desmentir mitos e ideas conspirativas, y a veces incluso que se promuevan comportamientos que no sólo no son efectivos sino que ponen en riesgo a las personas.

Un ejemplo de esto es la desinformación sobre vacunas, que es hoy gran responsable de la baja en las coberturas de vacunación en algunas regiones, lo que a su vez colabora con el resurgimiento del sarampión que estamos viviendo en el continente americano. La antropóloga Heidi Larson, que trabaja sobre la confianza y desinformación en vacunas, dijo esto en un artículo en la revista Nature en 2018: "Predigo que la próxima epidemia –sea de una cepa de gripe de alta mortalidad u otra cosa– no se deberá a la falta de medidas preventivas. En vez de eso, el contagio emocional, facilitado por la digitalidad, puede erosionar la confianza en las vacunas y volverlas discutibles. En las redes sociales, el diluvio de información contradictoria, desinformación e información manipulada debería ser reconocido como una amenaza global a la salud pública".

La **desinfodemia** sería entonces la 'propagación de una enfermedad facilitada por desinformación viral'. Esto parecería estar pasando con Covid-19. ¿A qué podemos considerar desinformación en el contexto de este nuevo coronavirus? Circulan mitos acerca de cómo prevenir esta enfermedad o cómo curarla, ideas conspirativas sobre el origen del virus, hipótesis dudosas o insostenibles que se hacen pasar como si fueran certezas (la **desinformación sobre temas de salud** es tan estándar y sigue los mismos argumentos generales que cada vez que surge una nueva epidemia reaparecen las mismas ideas).
Anotemos para la próxima (porque habrá una próxima):

- "hay vacuna pero la ocultan y se la quedan para ellos",
- "el virus fue creado en un laboratorio y se escapó (o fue liberado adrede)",
- "esto fue predicho por (inserte libro sagrado, astrólogo famoso de turno, influencer)",
- "es un plan de (inserte supuesto individuo o grupo de poder que actúa en las sombras y sólo unos pocos iluminados lo saben) para eliminar a la mayor parte de la población mundial",
- "es un plan de (inserte la misma gente) para beneficiarse vendiéndonos medicamentos caros",
- "esto se puede prevenir/curar con cosas 'naturales' (típicamente ajo o alguna hierba)".

Por supuesto, es posible que alguna vez alguna de estas afirmaciones sea cierta, del mismo modo en que, si tiramos de espaldas dardos a la pared, alguna vez le vamos a pegar al blanco, por la más absoluta de las casualidades. Pero, en líneas generales, lo más probable es que los dardos terminen en el piso o clavados por cualquier parte, así que si nos encontramos con algo así, actuemos con prudencia.
La difusión de datos (ya sean información o desinformación) ya no sigue el tradicional camino de emisores/receptores. Las redes permiten una enorme y

riquísima trama de conexiones horizontales, comunicación de noticias, memes, opiniones y aun mensajes personales, por lo que cada uno de nosotros, al convertirse, al menos parcialmente, en emisor, también se vuelve responsable en este proceso de desinfodemia. Como con las enfermedades, se puede ser un portador sano que, sin ser afectado, transmite el agente infeccioso a los demás. Muchos medios, quizás intentando imitar el éxito de las redes sociales, adoptan su tono apocalíptico y acrítico, **y a veces son poco rigurosos con la veracidad de un contenido, porque priorizan la primicia**. De esa manera, el mensaje es predominantemente 'todos vamos a morir', con una actualización en tiempo real del número de casos, cruceros varados, protocolos activados, cierre de escuelas, controles en fronteras y falsas alarmas. (Mucho de esto se discute en más detalle en este capítulo de este libro). Y no, no vamos a morir todos. Incluso si se termina declarando a Covid-19 como pandemia, esto lo que nos diría es que es una enfermedad distribuida en todo el mundo, y nada diría acerca de su gravedad o urgencia.

Las dos epidemias se mueven juntas y se retroalimentan. Más enfermedad lleva a más desinformación. Y la desinformación impide atacar del mejor modo posible a la enfermedad porque despilfarra recursos –incluida nuestra atención–, genera tensiones innecesarias –incluyendo absurdas cazas de brujas a gente por su origen étnico–, provoca desensibilización, y disminuye la confianza en las autoridades sanitarias, los expertos y los medios de comunicación profesionales. Todo esto facilita a su vez la propagación de la enfermedad. ¿Cómo quebrar esta tendencia y salir del círculo vicioso? En definitiva, ¿cómo podemos prevenir la desinfodemia? Por supuesto, mucha de la responsabilidad recae en las autoridades. Pero, si pensamos en cómo funcionan las comunicaciones y los virus –o sea, cómo se propaga la desinfodemia– tenemos que considerar que **nosotros, todos, somos parte del problema. Afortunadamente, eso nos hace también parte de la solución.**

Prevención

La Organización Mundial de la Salud (OMS) y los ministerios de salud de cada país están tomando medidas para detener o postergar esta doble epidemia, es decir, la del virus y la de la desinformación asociada. En cuanto a la enfermedad, se definen protocolos para su detección y cómo actuar ante casos dudosos y positivos, se compran insumos hospitalarios y se capacita a los profesionales de la salud. Por supuesto, hay países con mayor o menor capacidad para afrontar esto. Uno de los efectos de la globalización es que lo que hace o no hace otro país es relevante para todos: los agentes infecciosos no entienden de fronteras. En relación con la información, dan la información más completa, confiable y actualizada posible. Es cierto que se sospecha que China demoró un poco más de lo debido en informar sobre el brote. No sabemos si hubo un intento de las autoridades locales de ocultar lo que pasaba, o simplemente pensaron que se trataba de algo menor. Lo cierto es que **desde que se abrió al mundo, la información está fluyendo, y lo hace bajo la mirada atenta de gobiernos y organizaciones a los que nada les gustaría más que hacer quedar mal a otros gobiernos y organizaciones.** La OMS tiene una sección entera dedicada a este nuevo coronavirus y a Covid-19. Incluso hay un apartado en el que refutan algunos de los mitos que están circulando actualmente. Este sistema tiene sus limitaciones, claro. A veces pueden demorar en dar la información hasta que es confirmada. En el día a día frenético de quienes están combatiendo la enfermedad a veces hay que revisar números y estimados, a medida que se va sabiendo más. La incertidumbre es grande, pero ¿hay una alternativa mejor que mantenga exigencia de calidad?

Por otro lado, el comportamiento de cada uno de nosotros es importante para la prevención de Covid-19. **En esta doble epidemia, no sólo somos los que nos enfermamos sino también los que contagiamos.** Por eso la prevención incluye lo que hacemos y también lo que no hacemos, y no únicamente con respecto al agente infeccioso en sí, sino también con la desinformación. Por un lado, lavémonos las manos con frecuencia y con dedicación, estornudemos en el hueco del codo o en un pañuelo descartable, desinfectemos superficies, seamos responsables si tenemos síntomas respiratorios, etc. (más sobre medidas preventivas acá). Por otro lado, ¿qué podemos hacer con respecto a la información?

No generemos ni distribuyamos en las redes sociales contenido que no confirmamos si es cierto o falso, ya sea que lo hagamos por genuina preocupación o irónicamente (sí, **el consumo irónico contribuye a la confusión y difusión de desinformación**).

GUÍA DE SUPERVIVENCIA DE BOLSILLO

¿Cómo relacionarnos mejor con la información?

1. ¿La información que nos importa se refiere a algo total o parcialmente fáctico?
2. ¿Se mencionan las evidencias que sustentan la afirmación o la manera de acceder a ellas? ¿Son completas y confiables?
3. ¿Cuáles son los sesgos y distorsiones que pueden haber influido en la adulteración de la información, desde que se generó hasta que llegó a nosotros?
4. ¿Cuáles son nuestros sesgos y creencias? ¿Podemos estar confundiendo expertos competentes con falsos expertos? ¿Podemos estar, al menos en parte, bajo la influencia de nuestro tribalismo?
5. ¿Podemos estar dentro de una burbuja ideológica sin darnos cuenta? ¿No convendría incorporar en nuestras redes a personas de otras tribus?
6. ¿Tratamos honestamente de identificar si la información es o no una noticia falsa?
7. ¿Cómo actuamos frente a esa información? ¿Colaboramos o no con su difusión? ¿Analizamos el

riesgo de equivocarnos actuando y de equivocarnos no actuando?
8. ¿Cómo actuamos frente al agente que nos hizo llegar información falsa? ¿Ponderamos verdad sobre popularidad? ¿Exigimos accountability? ¿Penalizamos el mal comportamiento?

No es fácil combatir y prevenir la desinformación. En los últimos años se intensificó la investigación científica en este campo (esto está detallado en este artículo). Aunque hay mucho que todavía no terminamos de entender, está bastante claro lo que cada uno de nosotros puede hacer para colaborar pero, si no actuamos en consecuencia, no hay información que alcance.

Comunicación

Para prevenir el dengue, sabemos que tenemos que usar repelente y eliminar los reservorios de agua en los que el mosquito se puede reproducir. ¿Lo hacemos? Para prevenir el sarampión y otras enfermedades infectocontagiosas hay vacunas. ¿Sabemos realmente si estamos al día con las vacunas? Muchas infecciones de transmisión sexual se previenen eficazmente usando preservativos. ¿Los usamos? En el hemisferio Sur pronto entraremos en la temporada de gripe. ¿Nos vamos a dar la vacuna antigripal y, si tenemos síntomas, seremos cuidadosos con buscar ayuda médica y no exponer a otros en el trabajo, la escuela o los medios de transporte? Y exactamente la misma idea aplica frente a nuestro comportamiento frente a la información y la desinformación. Sabemos todo. ¿Hacemos lo que hay que hacer?

En un contexto de desinfodemia, es crucial **lograr y conservar una comunicación adecuada**. La mejor comunicación, en términos sanitarios, no es solamente la que informa, sino también la que ayuda a generar los comportamientos necesarios para prevenir, enlentecer o frenar la enfermedad.

El desafío es **cómo comunicar en temas de salud** sin generar desinfodemia: ni minimizar, ni generar ansiedad y pánico. Los mensajes deben ser claros, completos

y sencillos de comprender. Esto incluye poder explicar la incerteza, la complejidad, el riesgo para uno y para los demás, y las acciones que hay que seguir. Como si esto fuera poco, el emisor de la información debe ser transparente y confiable –cuidar la credibilidad es por eso clave, porque sin confianza no hay comunicación efectiva–. Es también necesario darle poder –aunque sea limitado y local– al receptor del mensaje. Decirle cómo son las cosas, sí, pero ayudarlo a comprender cómo lo afectan, y qué debería hacer para ayudar. Ocuparse además de preocuparse. **Pocas cosas como la actividad para combatir la paranoia.**

Hasta donde se sabe, este virus se transmite con relativa facilidad a través de las microgotitas que salen de nuestra boca cuando hablamos, tosemos o estornudamos, y puede sobrevivir algunas horas en las superficies. Por eso las recomendaciones de higiene respiratoria, lavado de manos, etc. son las que son. Su letalidad es relativamente baja –aun si enfermamos, lo más probable es que tengamos una versión leve de Covid-19– pero los adultos mayores y personas inmunocomprometidas son grupos especialmente vulnerables. Una pandemia es hoy muy probable, pero como no está muy claro todavía cuán grave es esta enfermedad ni qué alcance tendrá, hay que prepararse. "*Hoping for the best, but expecting the worst*", decía una vieja canción: "esperar lo mejor, pero prepararse para lo peor". Las autoridades sanitarias de los países deben hacer lo posible por frenar el avance de la enfermedad, pero también deben prepararse para escenarios más complicados. Un virus de transmisión tan sencilla como este, aunque no sea tan letal, terminará provocando muchas muertes. Es un virus nuevo, así que las personas no tenemos previamente protección de nuestro sistema inmunitario y todos somos potencialmente susceptibles. Además, todavía no hay una vacuna, aunque esto ya está en desarrollo y se espera que haya al menos una en algunos meses. Esto que sabemos ahora puede cambiar en las próximas semanas. Como vemos, hay complejidad e incertezas, pero también hay cosas claras.

Cuidarnos

Hace menos de un mes murió, por una encefalitis causada por sarampión, una mujer de 50 años que estaba inmunocomprometida por haber recibido un

trasplante renal. Es el primer caso de muerte por sarampión en Argentina desde 1998. Y la culpa es nuestra. No pudimos cuidarla. Teníamos los medios para hacerlo: si al menos un 95% de las personas nos hubiéramos vacunado, el virus del sarampión no habría reingresado. El coronavirus ya llegó a nuestro país. Si crece el número de muertes también será, al menos en parte, nuestro fracaso. En particular, por no haber aprendido las lecciones de la historia y por no haber establecido los medios de contención de la desinfodemia.

Estamos juntos en esto. No, no vamos a morir todos, pero algunos lamentablemente sí. Hacer todo lo posible para combatir la desinfodemia va a salvar vidas. Nuestro sistema inmune aprende de las infecciones. Ojalá nuestro sistema social también lo haga. Que Covid-19 sea, además, una manera de aprender.

elgatoylacaja.com/pco_blog/coronavirus-la-otra-epidemia

Sumate en
eglc.ar/bancar